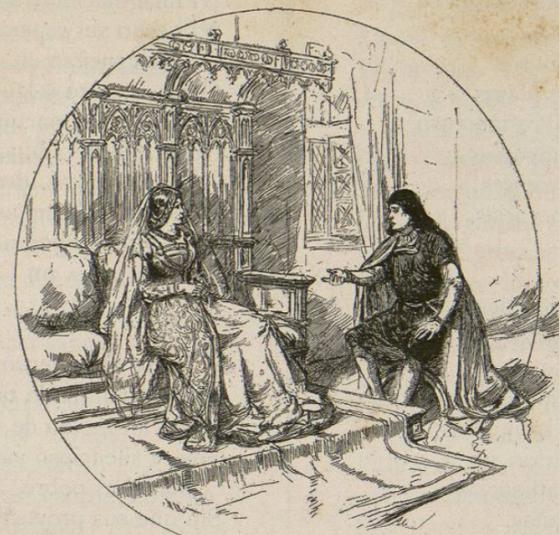


El genovés, abatido  
 Les refiere su pobreza:  
 Que no han querido ayudarle  
 Ni su patria, ni Venecia,  
 Que la corte de Lisboa  
 Se burla de sus propuestas;  
 Que los sabios no le entienden,  
 Que los ricos le desprecian,  
 Que los nobles no le escuchan,  
 Que el vulgo le vilipendia.  
 Mas como despues, añade,  
 Que aún la esperanza le alienta  
 De encontrar grata acogida  
 En el rey de la Inglaterra;  
 Donde ya tiene un hermano  
 Con proposiciones hechas,  
 Y que él mismo, á acalararlas,  
 Ir allá muy pronto piensa;  
 El amor patrio, más puro  
 En las españolas venas  
 Del médico y del prelado,  
 Se inflama y súbito truena;  
 Pues unánimes prorumpen:  
 «De España la gloria sea;  
 No busqueis lejanos reinos  
 Cuando el mejor se os presenta;  
 »Y el que sediento de gloria  
 Más imposibles anhela.  
 Corred, buscad el apoyo  
 De la castellana reina,  
 »De doña Isabel invicta,  
 Que es la más grande princesa  
 Que han admirado los siglos,  
 Y que ha ceñido diadema.»  
 De los dos el entusiasmo  
 También á su vez se pega  
 Al genovés, y aquel nombre  
 Pronunciado con tal fuerza  
 Por el físico y el fraile,  
 El alma y pecho le llenan  
 De esperanza tan vehemente,  
 Que sus planes desconcierta.  
 En sus rutilantes ojos,  
 Como en su boca entreabierta,  
 Y en su palpitante pecho,  
 Y en su animada apariencia,  
 El sagaz Garci-Fernandez  
 Lo conoce, y «No se pierda

Momento, prosigue; al punto  
 Id á Córdoba, que es cerca.  
 »Allí encontrareis la corte:  
 Pues el cielo os la presenta  
 Tan inmediata, propicia  
 La hallareis, nada os detenga.»  
 Y fray Juan Perez añade:  
 «Marchad, sí, Dios os lo ordena.  
 Carta os daré para el padre  
 Hernando de Talavera,  
 »Religioso de valía  
 Que es confesor de la Reina.  
 Y porque ningun cuidado  
 Vuestra jornada entorpezca,  
 »Este vuestro tierno niño  
 Aquí en el convento queda,  
 De mi seráfico padre  
 So la proteccion inmensa.»  
 No dijeron más. Escribe,  
 Dando la cosa por hecha,  
 La carta Garci-Fernandez,  
 Fray Juan Perez de Marchena  
 La firma; su propia mula  
 Ensillar al punto ordena,  
 Y las pródidas alforjas  
 Preparar en la despensa.  
 Todo está listo. Y entónces  
 Cual si alguna oculta fuerza  
 Le compeliere, el piloto,  
 Que aun no habia dado respuesta,  
 De pié se puso, y resuelto  
 Exclama de esta manera:  
 «A Córdoba, Dios lo quiere,  
 Su gracia me favorezca.»  
 Al tierno y precioso niño  
 Acaricia, abraza y besa,  
 No sin lágrimas sus ojos,  
 No su corazon sin pena.  
 A rezar un corto rato  
 Vase devoto á la iglesia,  
 Do el escapulario viste  
 De la seráfica regla.  
 De sus dos nuevos amigos  
 Se despide ya en la puerta,  
 Cabalga, aguija, y á trote  
 De la Rábida se aleja.



## ROMANCE TERCERO

LA DAMA

De Abderramen la mezquita  
 Y de Almanzor las murallas,  
 Y el puente de Julio César,  
 Y las vividoras palmas,  
 Que más de dos luengos siglos  
 Muerto ornato se miraban  
 Del sepulcro de un imperio,  
 O de una tumba de hazañas;  
 Como evocadas reviven,  
 Las musgosas frentes alzan,  
 Y para Córdoba juzgan  
 Que una nueva aurora raya.  
 Y que renacen los días  
 De gloria, poder y fama,  
 En que Atenas de Occidente,  
 En que Roma musulmana,  
 O ilustró al mundo con ciencias,  
 O rindió al mundo con armas,  
 Como de sabios emporio,  
 Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes  
 Que son Atlantes de España,  
 Los que un imperio fundaron  
 Que ningun imperio iguala,  
 A Córdoba han elegido  
 Para corte, centro y plaza  
 De los bélicos aprestos  
 Que han de triunfar en Granada.  
 Los grandes y ricos-homes  
 Acuden con sus mesnadas,

Y con todo el aparato  
 De sus espléndidas casas.  
 Allá envian sus pendones  
 Las ciudades más lejanas,  
 Con sus bravos caballeros  
 Y con sus huestes gallardas;  
 Allí los Grandes-Maestres  
 Sus estandartes levantan,  
 Y allí Prelados concurren,  
 Y allí Legados del Papa.  
 Los personajes de corte,  
 Los magistrados de fama,  
 Los más ilustres señores  
 Y las más apuestas damas.  
 Y llégan aventureros  
 Y soldados de ventaja,  
 Y jinetes, y peones,  
 Ballesteros y hombres de armas.  
 Y cual nube de pardales  
 Que viene á la seca parva,  
 O cual reguero de hormigas  
 Que al costal volcado ataca,  
 Traficantes, labradores  
 Y ganaderos se afanan  
 En apurar la moneda  
 Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento  
 A Córdoba reputara,  
 Quien notase su bullicio,  
 Quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios  
De rica nobleza tanta,  
Y sus calles y sus muros  
Y sus huertos y sus plazas  
Hervir en enjambre inmenso  
De tan diversas comparsas,  
De tan distintos vivientes,  
De ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia  
Suceden las cabalgadas,  
A los consejos de corte  
Los alardes y las danzas;  
Los saraos á los banquetes,  
A los torneos las farsas,  
A las consultas y audiencias  
Festejos, toros y cañas.  
Todo es movimiento y vida,  
Todo actividad extraña,  
Todo bélico aparato,  
Todo fiestas cortesanas.  
Todo es riqueza y aliento,  
Todo brocados y holandas,  
Todo confusion alegre,  
Todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,  
Almacen, campo de armas,  
Tribunal, mercado, lonja,  
Escuela, taller y sala.

Ya una procesion solemne  
Lenta por las calles marcha;  
Ya los reyes atraviesan  
Con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,  
Allí grano y vituallas,  
Acá se doman corceles,  
Allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
Aquí se bordan gualdrapas,  
Acá se recaman vestes,  
Allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,  
Los pendoncillos y lanzas,  
Las enseñas y divisas  
Forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,  
Arde en bruñidas corazas,  
Y en plumas, telas, recamos,  
Vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,  
Ora rimbomban campanas,  
Ya redoblan los tambores,  
Ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,  
No hay sin movimiento un alma,

Ni imaginacion tranquila  
Ni pecho sin esperanza.  
Unos sueñan en despojos,  
Otros nombre y lauros ansian,  
Quién va á ganar indulgencias,  
Quién gloria pide y aguarda.  
Y todas estas ideas  
Se humillan, aunque tan varias,  
A un gigante pensamiento,  
LA CONQUISTA DE GRANADA.

Entre el inmenso gentío  
Y entre baraunda tanta,  
Como en medio de un desierto  
Solo y silencioso vaga,  
Soñador, pobre, abatido,  
Sin que sus proyectos hayan  
Un solo apoyo encontrado,  
Merecido una mirada,  
El genovés navegante,  
Que á la corte castellana  
Desde la Rábida vino  
Tras falaces esperanzas.  
Y el cual bien puede decirse  
Que ha llegado en hora mala  
A aquel abreviado mundo,  
A aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera  
Es persona de importancia,  
Ve una mitra en perspectiva,  
Todo lo demás es nada.

Con desden ha recibido  
De un fraile oscuro la carta,  
Y juzga al recomendado  
Un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,  
Que con los reyes trabajan,  
No tienen tiempo, no escuchan,  
Sólo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan  
De una catadura extraña,  
Y del humilde atavío  
De la persona más sábia.

Los guerreros nada tienen  
De comun con el que habla  
De círculos y de estrellas,  
Y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,  
Cual de un loco, del que anda  
Tan desarrapado, y grave  
Ofrecé montes de plata.

Y conseguir una audiencia,  
Y de los reyes la gracia

Con tan contrarios auspicios,  
En caso imposible raya.  
Hace un mes que el extranjero  
Rueda por las antesalas,  
Siendo burla de los pajes,  
Juguete de la canalla,  
Y aburrido y despechado  
De volver por su hijo trata,  
Y de volar á otros reinos  
Sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos  
De la Omnipotencia sábia  
Sólo instrumento, sus miras  
Nadie puede penetrarlas.  
Y por medios tan ocultos,  
Por ocurrencias tan raras  
Se cumplen, que en vano el hombre  
Esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría  
Que Guadalquivir retrata,  
Aún no del perverso gusto  
Cual despues, contaminada,  
Devoto entra el mareante,  
Cuando el són de la campana  
A las visperas solemnes  
A los fieles convocaba.  
Por las más oscuras naves,  
Y por las más solitarias,  
Siempre huyendo del gentío,  
Cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,  
Y á su luz tibia y opaca,  
Una evocacion parece,  
Un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla  
De esmaltes y filigranas,  
Que del *Zancarron* el vulgo,  
Y todo Córdoba llama,

A una columna de jaspe  
Al cabo apoya la espalda,  
Y en hondas meditaciones  
Sueña, delira, se extásia.

Cuando acaso una señora,  
Sin advertir en él, pasa  
Tan cerca, que con el manto  
Casi le toca la cara.

Este pequeño incidente  
Para volverle en sí basta,  
Y sintiéndose arrastrado  
Por una violencia extraña,

Por un superior impulso  
De aquellos que no se aguardan,  
Sigue, cual can á su dueño,  
Maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado  
Donde la imagen brillaba  
De la Virgen, se arrodilla,  
Abre el manto y se destapa.  
Y á la luz de seis candelas  
Que el retablo iluminaban,  
Deja ver un lindo rostro  
Lleno de candor y gracia;  
Y de expresion tan devota,  
Y de belleza tan rara,  
Y de modestia tan grande,  
Y de nobleza tan alta,  
Como se admira en los rostros  
Que dió Murillo á sus santas,  
Y que de un ángel del cielo  
Pudo tan sólo copiarlas.  
El extranjero, encantado,  
Sus afanes y sus ansias  
Olvida un punto, y los ojos  
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora  
Al acabar sus plegarias,  
Retírase, y el piloto  
Sigue absorto sus pisadas  
Sin saber qué le sucede,  
Sin acertar qué le pasa;  
Como sujeto y ligado  
Por hechizo, encanto ó magia.

Al patio de los naranjos  
Salen ambos, y él se aparta  
Al ver que dos escuderos  
A la señora acompañan.

Mas aún de léjos la sigue,  
Cuando quiso su desgracia,  
Mejor diré su fortuna,  
Que en la calle se encontrara

Con un tropel de muchachos,  
Que de pronto en él reparan.  
Y como de que era loco  
Varias especies volaban,

*Al loco*, gritan, y empiezan  
Con silbidos y pedradas,  
Con insultos y con voces,  
Que suelen pasar por gracia.

Al estruendo la señora  
Con curiosidad se para,  
Y al ver en tal paso á un hombre  
Pobre, mas de noble traza,

Que le den auxilio al punto  
A sus escuderos manda,  
Y ella se acerca, y le ofrece  
El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enriquez,  
Que es la cordobesa dama,  
Tan discreta como hermosa,  
Tan buena como gallarda,

Entra el genovés piloto  
En una soberbia cuadra,  
De guadamecí vestida  
Con las molduras doradas,  
Y un estrado de almohadones  
De terciopelo con franjas,  
Y con grandes borlas de oro  
Sobre alfombras de Granada;

Mas tan turbado y confuso  
Que no acierta á hablar palabra,  
Y tan sólo en que respira  
Se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora  
Muy en sí; tampoco halla  
Aquellas frases precisas  
De quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia  
En aquel hombre, y le pasma  
Su noble fisonomía,  
Que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente  
Que es el marino, á quien llaman  
Unos loco y otros sabio,  
Atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,  
Y la primera la dama  
Le ruega que tome asiento,  
Y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato  
Una berberisca esclava,  
Con búcaros primorosos  
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,  
Con tal dignidad y tanta  
Cortesanía le rinde  
Por aquel servicio gracias,

Que el parabien la señora  
De ocurrencia tan extraña  
Se da á sí misma, y se esmera  
En obsequios y en palabras.

Esta primera visita  
Otras produjo más largas,  
Y de muy pocas al cabo  
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante  
En dejar tan pronto á España,  
Renueva sus pretensiones,  
Torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
La altivez ya no le espanta.  
Insiste en ver á los reyes  
Y renueva sus demandas.

Doña Beatriz, afanosa,  
Siendo ya depositaria  
De sus planes y proyectos,  
Que la envanecen y exaltan,  
Lo aconseja y lo reanima,  
Lo consuela y lo entusiasma,  
Y conexiones le busca  
Con femenil eficacia.

Él mismo en Córdoba logra  
Con su permanencia larga,  
Que algunos doctos lo escuchen,  
Tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman  
Cierta color de importancia,  
Y ya con calor y aprecio  
Del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,  
Del rey tesorero, enlaza  
Con él amistad estrecha  
Y en protegerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza,  
El gran cardenal de España,  
Uno de los más ilustres  
Varones de nuestra patria,

Afable se le demuestra,  
Y con su poder alcanza  
Que el mismo rey le conceda  
La audiencia tan deseada.

Frio, suspicaz, severo  
Le oye el rey. Pero le llaman  
La atención de aquel piloto,  
La dignidad y la calma,

El convencimiento firme,  
Las explicaciones claras.  
Y aunque de la inmensa idea  
Toda la extensión no alcanza,

La envidia á los portugueses,  
De dominación el ansia,  
Y el carácter de aquel siglo  
Caballeresco y de hazañas,

Le obligan á que al instante  
Dé acogida afable y grata  
Al hombre y á su proyecto,  
Porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra  
Hacer nuevos le embarazan,  
Ni otra empresa empezar puede  
Hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto,  
Por ganar tiempo y dar largas,  
Su protección y su auxilio  
Al piloto ofrece, y manda

Que los sabios eminentes  
De la docta Salamanca  
Con detención examinen  
La propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante  
Tal decisión del monarca,  
Mas que con ella se avenga  
Doña Beatriz quiere, y basta.



## ROMANCE CUARTO

TIEMPO PERDIDO

Dejando atrás á Granada,  
En cuyas torres el viento  
Ya la cruz triunfante adora  
Entre cristianos trofeos,  
Y dejando atrás la corte  
De los hispánicos reinos,  
Donde tristes desengaños  
Cogió y amargos desprecios.

Va el genovés navegante,  
Va el portentoso extranjero  
En una mula de paso  
Hacia Córdoba derecho;

Sin volver atrás los ojos,  
Pobre, abatido y enfermo.  
Sale de la hermosa vega  
Que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales  
Del infortunio y del tiempo,  
Que los años y desgracias  
Dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos  
Desde que llegó al convento  
De la Rábida, y el nombre  
Quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,  
Y todos sus pensamientos,  
Disipadas mira en humo,  
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca  
Los doctores y maestros,

TOMO II

Más bien que examinadores  
Jueces inflexibles fueron,  
Y le trataron altivos,  
Aunque era más sabio que ellos,  
No cual docto que consulta,  
Sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades  
Por respuesta hallaron textos,  
Sus cálculos silogismos,  
Sus demostraciones ergos.

Y aunque varios religiosos  
De San Estéban (colegio  
Donde fué la conferencia)  
Que eran sabios verdaderos,

Si comprender no lograron  
Al inspirado extranjero,  
Lo escucharon con asombro  
Y su importancia advirtieron;

Los más, cual siempre acontece,  
Arrollaron á los ménos,  
Y sobre un hombre tan grande,  
Y sobre un tan gran proyecto

Informaron á la corte  
Con el más alto desprecio,  
De visionario y de loco  
Prodigándole dicterios.

El no entendido más firme  
En sus altos pensamientos,  
De su plan el contradicho  
Más convencido y más cierto;

De sí mismo más seguro  
Mientras halla más tropiezos,

Y nuevas fuerzas cobrando  
De su propio abatimiento:  
Del genovés navegante  
Parece el alma de acero,  
Escollo inmoble que arrostra  
Siglos, rayos, olas, vientos.  
Pero no quiere que España  
Acoja ya sus esfuerzos,  
Ni que las ventajas logre  
De tales descubrimientos.  
Y á Córdoba despechado  
Veloz regresó, resuelto  
De irse á buscar á otra corte  
Para realizarlos medio.  
Mas doña Beatriz Enriquez  
Y el fruto inocente y tierno  
De sus plácidos amores,  
Detenerle aún consiguieron.  
Eslabones más tenaces  
Que los de forjado hierro,  
Y con que á aquel hombre insigne  
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado  
Por las prendas de su afecto  
A no abandonar á España,  
Buscó en ella rumbo nuevo;  
Y partió con gran reserva  
De Santa María al puerto,  
Que era del ínclito duque  
De Medinaceli feudo,  
A buscar su patrocinio  
Y á ofrecerle ignotos reinos.  
El duque con grandes honras  
Le acogió y con sumo aprecio,  
Y ya preparaba naves  
Propias suyas, y dinero  
Con que el hombre extraordinario  
Llevase á cabo su intento:  
Cuando de la corte tuvo  
Aviso de que con ceño  
Y con envidia y sospechas  
Miraba el rey sus aprestos.  
Suspendiólos advertido,  
Y exhortó con noble celo  
Al piloto, á que á la corte  
Y al rey regresase luégo.

A la inexorable suerte  
Que sus más vivos anhelos  
Contrariaba, y le tenia  
Atado al hispano suelo,  
Tuvo el genovés constante  
Que humillarse con despecho;

Y tornó á la hispana corte  
Y en ella á luchar de nuevo.  
El mismo rey don Fernando,  
Que no quedó satisfecho  
Del salamanquino informe,  
Lo maneja astuto y diestro;  
Le halaga con esperanzas  
(Que detenerle es su objeto),  
Hasta que la infiel Granada  
Rinda á sus plantas el cuello.  
Siguió aburrido á la corte  
El soñador extranjero,  
De aquella famosa guerra  
Presenciando los progresos.  
En el asalto de Baza,  
De Málaga en el asedio,  
En otras altas acciones,  
Y en muchos duros reencuentros,  
Discurrió como perito,  
Se mostró cual caballero,  
Combatió como cristiano  
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada  
Rendirse el poder soberbio  
Presenció en fin, de Castilla  
Y de Aragon al esfuerzo.  
Y de las régias ofertas  
Llegado el plazo creyendo,  
Con más teson y energía  
Llamó la atención de nuevo.  
Mas en vano, otras consultas  
Y otros plazos le han propuesto,  
Que los gastos de la guerra  
Tienen el tesoro yermo.  
Con que de toda esperanza  
Perdidos los fundamentos  
Dejar á España de veras,  
De veras tiene resuelto.  
Ni aún de Alonso Quintanilla  
Se ha despedido, temiendo  
Que elocuente y amistoso  
Aún pretenda detenerlo.  
Y hácia Córdoba camina:  
Seguro de que los ruegos  
De doña Beatriz Enriquez  
No han de hacer mella en su pecho.  
Nada ya, nada en el mundo  
Le detiene, no hay remedio.  
¡Oh, cuánto poder y gloria  
Pierde España con perderlo!  
En su acalorada mente  
Tanto agravio recorriendo,  
Y ansioso ya de encontrarse  
En la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,  
No le permite resuello,  
Ya de Pinos de la Puente  
Llega al miserable pueblo,  
Y sin detenerse pasa  
El despeñado riachuelo,  
Que entre riscos y entre juncias  
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,  
Cuando detrás, el estruendo  
De un caballo que galopa  
Oye resonar violento,  
Y alcánzale á pocos pasos,  
En un cordobés overo,  
De sudor cubierta el anca,  
Blanco de espumas el pecho,  
Arrogante y decidido  
Un atildado mancebo,  
Vestido un rico tabardo  
De carmesí terciopelo,  
Con castillos y leones  
De plata y oro cubierto,  
Y un penacho rojo y jalde  
Volando sobre el sombrero.  
Era un paje de la reina,  
Que al punto reconociendo  
A la persona á quien busca  
En el piloto extranjero,  
Le dice en voz alta: «Amigo,  
Atrás volved luégo, luégo,  
Pues de que sin vos no torne  
Orden terminante tengo.»  
El genovés irritado  
Pára la mula de presto;  
Pone la mano en la espada  
Y dice con gran denuedo:  
«Antes que la rienda vuelva  
Me dejareis aquí muerto;  
Basta, vive Dios, de burlas,  
A España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo  
Tan decidido y dispuesto  
El paje, que le responde:  
«Ni me burlo ni os ofendo;  
»Pues la reina mi señora  
Me ha mandado deteneros,  
Y que á su presencia os lleve,  
Ved si obedecerla debo.»  
Bastó el nombre de la reina  
Para un trastorno completo  
Del navegante ofendido  
Hacer en cabeza y pecho,  
Que era nombre á quien tan alto  
Prestigio dió el mismo cielo,  
Que allanara un alto monte,  
Que domara el mar soberbio.  
A tal nombre sus agravios,  
Todos sus resentimientos,  
Todos los años perdidos,  
Y todos sus planes nuevos  
El genovés olvidando,  
Abre palpitante el pecho  
A tan vehemente esperanza,  
A porvenir tan risueño,  
Que le parece aquel paje  
Angel bajado del cielo,  
Y en éxtasis delicioso  
Queda inmóvil y suspenso.  
Jamás conseguido habia  
Explicar su alto proyecto,  
De la gran Reina delante,  
Y ahora ve ocasion de hacerlo.  
Por lo que rompiendo al punto  
Aquel rato de silencio,  
Lleno de vida el semblante,  
Responde al mudo mancebo:  
«Pues doña Isabel lo manda  
Voy con vos y la obedezco.»  
Y revolviendo la mula  
Sigue detrás del overo.

